

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Jesús Marchamalo

RETRATO DE BAROJA  
CON ABRIGO

Jesús Marchamalo  
RETRATO DE BAROJA  
CON ABRIGO

Ilustraciones de  
Antonio Santos

**Nørdicalibros**

2013

Una primera versión de este texto se publicó a finales de 2011 en la revista *Pasajes* de la Universidad de Valencia

© Jesús Marchamalo

© De las ilustraciones: Antonio Santos

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid

Tlf: (+34) 915 092 535

info@nordicalibros.com

Primera edición: noviembre de 2013

ISBN: 978-84-15717-74-4

IBIC: FA / FX

Depósito Legal: M-31659-2013

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección

y maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mi amigo Javier Goñi,  
en recuerdo de aquel retrato de Baroja  
que encontró en un contenedor,  
y para Manuel Longares, el andarín.*



Tenía Baroja un gato, negro como el de los cuentos de brujas, y dos abrigos. Uno oscuro, de paño, de diario, algo raído, y otro que guardaba en el armario, gris, para las ocasiones especiales. Con él y con un pañuelo de seda blanco al cuello, como el de un aviador de biplano, grabó un día para el cine; los pasillos de la casa cruzados de cables y las habitaciones cubiertas de esa luz homicida de los focos. *¿Todo esto consumirá mucha electricidad, no?*, preguntaba con persistente racanería.

Siempre tuvo gatos, Baroja. Su sobrino Pío Caro recordaba aquel olor ácido y untuoso, un poco agrio, de la calle Mendizábal, donde Pío vivía con su madre y dos gatos, *Chepa* y *Apitita*, nunca se supo si jóvenes o viejos.

El de la calle Ruiz de Alarcón se llamaba *Miki* y andaba siempre cerca de la estufa —la chubesqui— en el salón de aquella casa suya fría como el aliento de la muerte. Tanto, que en invierno Baroja estaba a menudo con bufanda y abrigo, las solapas subidas, la boina y unas zapatillas viejas, de felpa, que sujetaba al pie con bramante. También tenía una manta, que dejaba sobre una de las butacas, y que se ponía sobre las piernas cuando alguien llegaba a verle.





Alguien dijo que Baroja es uno de los personajes literarios más fotogénicos de su época. Y debe de ser verdad. Hay decenas de fotos suyas, allí en su casa —fumando tabaco rubio, las gafas de pasta negra en la punta de la nariz—, en las que se le ve vestido de sí mismo, escribiendo con una estilográfica que mojaba en un tintero.

—*Este gato nunca quiere hablar conmigo...*, decía con frecuencia, señalando al huidizo *Miki*, que salía silencioso de la habitación, y que maullaba solícito a Clementina Téllez, la asistenta, a las visitas, amable y zalamero, pero no a él, a quien miraba, arrogante, magnánimo, con sus ojos que eran casi de cristal verde, tumbado todo lo largo que era en el salón, al

lado de la estufa, inmóvil durante horas como si estuviera muerto.

En una de esas fotos está con Ernest Hemingway, que fue a visitarlo pocos días antes de morir, y que le regaló unos calcetines de lana y una botella de whisky de malta.

También le llevó una edición de *Adiós a las armas* que le firmó con la siguiente dedicatoria: «*A usted, don Pló, que tanto nos enseñó a los que, siendo jóvenes, queríamos ser escritores*».

Baroja tiene el gesto demacrado en la fotografía, la mirada perdida, los labios entreabiertos. Diríase que secreta, anticipadamente muerto, está acostado con el embozo sobre su brazo izquierdo, un gorro de dormir y el pañuelo blanco, de aviador, al cuello.